

EL INFIERNO ES LA MIRADA DE LOS OTROS

Ernesto Sábato a la luz de la crítica

HELL IS OTHER'S GAZE

Ernesto Sábato in the light of criticism

Fernando Rodrigo Beltrán Nieves*

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: efebve@gmail.com.

Muy a menudo la crítica escrita acerca de Ernesto Sábato fue un efecto extendido de una lectura particular. Para escribir sobre Sábato, los críticos se cuestionaron lo que el escritor argentino se interrogó a sí mismo o respondieron lo que Sábato ya había ofrecido en sus ensayos. Para romper esta tendencia, este ensayo se detiene en tres críticas políticas. Estas críticas se alejan de la obsecuencia e intentan construir una imagen problemática en función de las convulsiones políticas de la Argentina contemporánea. Se trata de críticas que provienen de posiciones encontradas que polemizan la figura de un escritor consagrado.

Palabras clave: Ernesto Sábato, ensayo, crítica política.

Often times written critique of Ernesto Sabato has been the result of a particular reading, informed by Sabato's own guidelines imposed on the readers. Put another way, writing about Sabato, his oeuvre's scholars questioned the things that the Argentinian writer had himself questioned or answered what Sabato had already offered in his works. Attempting to brake this tendency, this essay probes three political critiques, away from obsequiousness, with the aim of meaningfully capturing Sabato's ethos and dissipate the blur surrounding this renowned writer.

Keywords: Ernesto Sabato, essay, political critique.

Introducción

Este ensayo es una reconstrucción de una serie sucesiva de polémicas. Porque la vida intelectual es también un desplazamiento permanente entre posiciones e interpretaciones, los críticos buscan muy a menudo las confrontaciones, las guerras, el encontronazo entre los puntos de vista. Zonas donde el mundo de la cultura y la vida política se encuentran con mayor nitidez. A partir de un trabajo de archivo, este ensayo reconstruye tres críticas políticas muy ilustrativas de un campo intelectual, como el argentino, fuertemente tensionado por la vida política. Tres polémicas que sostuvo Ernesto Sábato en diferentes momentos de su trayectoria, figura relevante del canon literario de la Argentina del siglo XX.

Sábato no se explica por sus opiniones escritas

Crisis y resurrección de la literatura argentina, publicado en 1954, fue escrito por Jorge Abelardo Ramos. El ensayo buscaba una crítica marxista de la cultura argentina, pero me interesa aquí la polémica intelectual que Ramos decidió incluir como apéndice a la nueva edición de su libro en 1961. Ramos la intituló “Polémica Sábato-Ramos” (1961, pp. 63-78). Junto con Adolfo Prieto en la revista *Centro* (1952, pp. 10-13),¹ para los inicios de 1950, aparecían las primeras críticas importantes a la posición de Sábato no como escritor, sino como intelectual.

La polémica se originó cuando el semanario *Política*, dirigida por Ramos, elaboró un cuestionario literario y pretendía entrevistar a Sábato con el propósito de una próxima entrega. Este fue cancelado cuando el semanario *Che*, antes del previsto por *Política*, difundió un largo reportaje-entrevista a Sábato. En dicha publicación, Sábato, a pesar del extraño cuestionamiento, había respondido que Victoria Ocampo no era su “tipo de mujer”, pues era demasiado imponente. Una mujer, Ocampo, para figurar en emblemas del tipo Libertad, República o República de las Letras. No era su tipo, pero la admiraba y era generosa, aunque Sábato no siempre lo pensó.

Para Ramos, a quien no le interesaba este plano de lectura de la figura de Ocampo, esta representaba la cultura cosmopolita. Además, en el concepto de Ramos, la revista *Sur* era el “riñón” literario de la oligarquía. Y se preguntó Ramos si Sábato ostenta la mala costumbre de decir lo que piensa: ¿por qué censuró que Ocampo era la voz culta del antiperonismo? No solo lo era Ocampo, pero alrededor de ella y su revista se

¹ *Centro* fue una revista de crítica literaria, editada por el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Literatura de la Universidad de Buenos Aires. Para una perspectiva sociológica sobre el ensayista Adolfo Prieto y una valoración más extendida de *Centro*, véase (Blanco y Jackson, 2015, pp. 175-211).

expresaban las críticas más intestinas que el liberalismo conservador formulaba contra el peronismo y sus dos principales líderes.

¿Por qué Sábato no renunció -cuestionó Ramos- a los vínculos con Ocampo y la revista *Sur* que ella comandaba y dirigía? ¿Temía Sábato ser excluido del prestigio que le brindaba formar parte de los colaboradores de *Sur*? Y Ramos recordó de inmediato la ambivalente postura de Sábato frente a Jauretche, intelectual emblemático del nacionalismo que Perón impulsaba. Mientras Jauretche fundaba Fuerza de la Orientación Radical de la Juventud Argentina, FORJA, y defendía con sus páginas al “régimen depuesto”,² Sábato seguía colaborando en *Sur*. Y en *El otro rostro del peronismo* cuando Sábato escribía que el resentimiento había movido a las masas peronistas, Jauretche afirmaba que lo había hecho la esperanza. En su lucha política contra el liberalismo, Jauretche odiaba a los hombres de libros. Pero Sábato, por su parte, le hacía notar que esa fobia de Jauretche era reaccionaria. De todo el grupo FORJA admiraba Sábato a Jauretche. Y concluía Sábato a propósito de su figura: pero los hombres de libros, paradójicamente, han sido los que terminan siendo furibundos revolucionarios: Lenin, Mao, el propio Jauretche, etcétera.

Ambivalente postura de Sábato frente a la revolución (cubana) y frente a Juan Domingo Perón, le espetó Ramos. Cuando los actos revolucionarios los hacen los cubanos, Sábato se mostró satisfecho. Cuando lo hizo Perón, Sábato se sintió ofendido. ¿Fue el peronismo una revolución? Muchos lo afirman. Otros lo niegan. En la lógica de la crítica de Ramos, cuando la revolución está lejos, es admirable la revolución, pero cuando está cerca, es un espectáculo deleznable y, sobre todo, señalaba Ramos, Sábato estuvo colaborando con la Revolución Libertadora: el golpe militar que derrocó a Perón.

Es verdad que no tardará en evaporarse su puesto de director de la revista *Mundo Argentino* cuando la revista fue intervenida a causa de los reportajes sobre el uso político de la tortura, al que recurrió el régimen que vino tras la caída de Perón. Pero para haber renunciado, escribió Ramos, primero se tuvo que haber aceptado. En pugna con Sábato, el argumento lo reproducirá Abelardo Castillo, un joven fiel admirador quien, años más tarde, se convertirá en otro de sus críticos.

El reclamo de Ramos estribaba en que Sábato no se había decidido sin ambages por el apoyo intelectual a Cuba. No lo hará nunca sin ambages, y rechazará siempre visitar la Cuba de Castro, pero mantendrá correspondencia más adelante con Ernesto *el che* Guevara. Una correspondencia que fue introducida como material fáctico en *Abaddón el exterminador*, su novela más exigente, publicada en 1974. En su réplica, Sábato dijo que no pretendía monopolizar la verdad sobre la realidad argentina, pero poseía el derecho de esclarecer sus posiciones. Ramos, respondió Sábato, era un hombre de acción; se guiaba con mapas, ideas que tienden a la simpleza, y confundía el

² Expresión recurrente para referirse sin decirlo a los gobiernos sucesivos de Juan Domingo Perón [1946-1955].

mapa con la realidad. En seguida Sábato separó cada una de las críticas y se posicionó frente a cada una de ellas.

Fue invitado originalmente por Pedro Henríquez Ureña a colaborar en la revista *Sur*. Decisiva figura la del dominicano en el despegue literario de Sábato. Figura literaria, Henríquez Ureña, que será permanentemente recordado como su guía intelectual. El rechazo de los localismos en la escritura o el dominio de un español de alcance universal, así como la idea de síntesis en diferentes campos culturales, fueron posturas típicas de Henríquez Ureña, que Sábato no dudó en apropiarse. Henríquez Ureña defendía, por ejemplo, puentes o síntesis entre la intuición y las ideas, entre la alta cultura y la cultura popular, entre el arte y la ciencia.

Ni la dueña Ocampo ni el editor en jefe José Bianco de la revista *Sur*, afirmó Sábato, fueron censores. Para los colaboradores, testimonió Sábato, hubo plena libertad en *Sur*. Pero los que estaban afuera del prestigioso círculo vieron siempre a *Sur* como la revista de goce cosmopolita y de sentido antinacional. De tal suerte que colaboraciones del tipo de Sábato, le espetó Ramos, contribuyeron a obnubilar la “orientación reaccionaria” de la revista. Aunque Sábato dejó de ser un colaborador permanente de la revista *Sur*, esta había dado salida a posiciones diversas: desde las más liberales hasta posiciones de ultra izquierda, como Jean Paul Sartre.

No lo dijo Sábato en esta respuesta, pero la revista *Sur* fue un pilar de su formación intelectual. Gracias a las traducciones que la revista llevaba a cabo, leyó Sábato en español a los autores que fueron sus antecedentes más directos o más cercanos: León Chéstov, Nicolás Berdiaeff, Martin Buber, Simone de Beauvoir, J.P. Sartre. El aprecio por José Bianco sí fue real, continuó Sábato. Era un hombre generoso y buen escritor, quien, afirmó Sábato, había actuado políticamente para sacar a hombres radicales, como Ramos, de la cárcel.

Las denuncias hechas desde *Mundo Argentino* desmentían, según Sábato, el supuesto temor de la exclusión del prestigio. Las denuncias le valieron a Sábato las críticas de que él era comunista o peronista. Fue por “error”, escribió, la designación de director, por lo que fue reconvenido también de militar en la “Libertadora”. Enumeró Sábato las diferentes declaraciones, durante el decenio de 1950, en torno a los movimientos de liberación nacional que desmentían su ambivalencia ante la revolución; entre otras, las ya mencionadas denuncias expuestas desde *Mundo Argentino*, la polémica que sostuvo con Borges en las páginas de *Ficción* (Beltrán Nieves, 2013), algunas intervenciones en *Azul y Blanco* (1958, p. 3)³ y, agregó Sábato, “en el último que publiqué en *Sur*” (1960, pp. 38-41).

³ Amplio reportaje-entrevista donde Sábato se pronunció a favor de lo “nacional y lo popular”. En el reportaje Sábato afirmó que el presidente Arturo Frondizi (1958-1962) sabía que lo “nacional” será “popular o no será”. Por lo demás, Sábato apoyó el frondizismo cuando ocupó el cargo de director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culturales (1958-1960).

¿Sábato deseaba -como cuestionó Ramos- la destrucción de la clase obrera? Sábato estuvo en contra de Perón, es cierto, y celebró la caída, quizá excesivamente. No le gustó nunca nada Perón porque recibió a cuanto nazi quizo o pudo exiliarse. Y, sobre todo, Perón fue un líder de un complejo movimiento popular que traicionó al irse al exilio. A diferencia de Castro, agregó Sábato, “que tiene nuestro apoyo y simpatía”.

¿Existió frase escrita en la que Sábato anheló la destrucción de la clase obrera? Quien esto escribe, no la ha hallado. Frente a la idea de que la revolución es admirable de lejos, deleznable de cerca, remitió Sábato a la intervención pública en la Facultad de Derecho en 1959. En efecto, instaurado el decreto 4161 en 1958 que prohibía con pena de cárcel las menciones públicas de Evita y Perón, no hará Sábato sino debatir pública y expresamente las dos figuras frente a un auditorio estudiantil antiperonista. ¿Aquello fue un acto revolucionario?

Uno de los argumentos que pudo haber dicho sobre la “Libertadora” debió de haber sido que sirvió para aprender mucho; y debería servir también para los peronistas (Sábato, 1961). ¿Qué clase de lecciones? ¿Que los enemigos del peronismo, supuestos defensores de la libertad y la democracia, no iban a tratarlos democráticamente sino con los argumentos sofisticados de la picana eléctrica? No tardará en producirse entonces la primera gran crítica.

Sábato, postuló Ramos, no se explica por sus opiniones escritas, sino por la posición que la inteligencia ocupa como clase en una sociedad semicolonial. Hubo, además, señaló Ramos, dos situaciones importantes que una crítica marxista de la cultura no perdería de vista.

La Argentina ha estado tensionada aún por una vieja oligarquía que sigue expresándose en la sociedad y en la cultura: la admiración por lo europeo. ¿Para qué producir a un Lugones, ironizaba Ramos, si se puede importar a un Samain? Fue David Viñas quien se encargará de tender un paralelo entre Lugones y Sábato. La figura de Lugones, escribía Viñas, iluminaba a Sábato. Pero Sábato solo aspiró a una repetición. Y toda segunda versión, escribió Viñas, como lo distorsionó Marx leyendo a Hegel, es una farsa (Viñas, 1970, pp. 6-8). Dos escritores, empero, que hicieron del “hombre letrado” la luz de la civilización. Una suerte, la “minoría pensante”, como el fundamento de la vida de un pueblo. Lugones, según Viñas, fue el modelo para Sábato, pero nunca logró alcanzar lo que Lugones fijó con su literatura.⁴

Por otro lado, la burguesía, sostuvo Ramos, no logró constituirse ni hegemonizarse en la Argentina. No contaba aún con medios para su expresión. Ningún escritor local podría vivir de sus libros. Todos ellos estuvieron obligados a desempeñarse como periodistas, profesores o burócratas. De tal suerte que la oligarquía ha prescindido del escritor local, salvo para las traducciones.

⁴ Final trágico el de Lugones. Un alma bella, Lugones, que se suicidó a la edad de 64 años (Alaniz, 2011).

Cultural y materialmente hablando, concluyó Ramos, esta circunstancia impedía a los intelectuales constituirse en auténticamente nacionales. No pudo Sábato convertirse en un escritor independiente porque en sociedades como la Argentina, sostuvo Ramos, la disyuntiva real del intelectual era apoyar o denostar a la revolución social. O, de otro modo, una disyuntiva entre un intelectual independiente o un crítico de izquierda, a la Sábato, dentro de la intelectualidad oligárquica.

Sábato debe a la Argentina un acto de constricción

Oswaldo Bayer fue el director y el guionista de una de las películas argentinas que más celebró la crítica de su tiempo. Obstaculizado y censurado en el periodo llamado “Revolución Argentina” (1966-1972), el film *La Patagonia rebelde* se estrenó en el breve periodo del tercer gobierno de Perón (1973-1976). Según el crítico de cine José Pablo Feinmann, *La Patagonia rebelde* es el mejor film argentino hecho en toda la historia (2011, pp. 244-256). Pero Bayer no solo fue un cineasta destacado o un periodista con oficio, sino un severo crítico de Sábato. Dedicó parte de uno de sus libros a recordar la polémica que sostuvo con él, en los primeros meses de 1985, en el semanario *Madres de Plaza de Mayo*. El apéndice de uno de sus capítulos lleva por título “Oportunismos y responsabilidades” (1993, pp. 254-269). Fue Bayer quien no dejó de señalar lo que juzgó el oportunismo político de Sábato, y recordó, cada vez que pudo, la (supuesta) mayor ofensa que Sábato consumó en su vida pública: el almuerzo compartido con el militar Videla, el rostro por antonomasia del Terror Absoluto en la Argentina contemporánea.

La polémica comenzó con un artículo de opinión intitulado “La verdad a medias, no”. Bayer transcribió un pasaje dicho por el entonces monseñor Pío Laghi: “para la Argentina, los deseos de Videla y del Papa son los mismos: lograr la paz” (Bayer, 1985, p. 5). Para los militares, la (supuesta) defensa de Dios, la patria y la familia fueron los valores cristianos que justificaron los campos de exterminio. Fines nobles, escribió también Sábato, mediante los más innobles (1978).

Pío Laghi fue nuncio apostólico en Buenos Aires y después fue representante de Juan Pablo II en Estados Unidos. Su nombre apareció en una lista secreta de represores que, supuestamente, filtró la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Conadep en adelante (Crenzel, 2014, p. 100). Según Bayer, Sábato se apresuró inmediatamente a defender al clérigo en declaraciones públicas. Sábato, escribió de inmediato Bayer, le debió a la Argentina un acto de constricción: su gran talento de reacomodo situacionista, no obnubilaron los elogios de Sábato a Videla cuando almorzó con él el 19 de mayo de 1976. Ni todas las distinciones o presidencias de comisiones, continuó Bayer —porque Sábato había pasado como el portavoz de la justicia y los derechos humanos gracias al arduo trabajo que realizó la Conadep—, podrán borrar aquel encuentro. Es preferible un culpable que reconoce públicamente sus faltas,

sentenció Bayer, y no un soberbio que se adjudica conductas intachables que no existieron.

Nunca negó Bayer la importancia del informe que elaboró la Conadep, dirigida por Sábato, pero creía, como otros, que debió de haber sido una comisión bicameral de investigación, compuesta por representantes electos, la encargada de las pesquisas de las desapariciones y sus consecuencias en todos los órdenes. Pero en la Argentina, afirmó Bayer, los dos vocablos estaban vacíos y cuestionó: ¿qué clase de seriedad hubo en Sábato?

Existió una “correspondencia inversa”, postuló Bayer, entre Sábato y Videla. En las diversas declaraciones que se difundieron tras el almuerzo con el militar, sobre el cual me detendré más adelante, Sábato no negó haber dicho que exigió extrema dureza para con la subversión. Pero Sábato se permitió críticas al régimen, aquí y allá, en las secciones literarias. Videla, por su parte, continuó Bayer, usó siempre el guante blanco en sus declaraciones públicas, pero ordenó infaliblemente la pena del garrote (por lo menos) en los sótanos. La única concesión de Videla para con la cultura, concluyó Bayer, fue que no amordazó ni a Borges ni a Sábato.

Bayer sostuvo que si un lector deseaba conocer el verdadero rostro de un escritor como Sábato, estaba obligado a consultar las publicaciones periódicas, fuentes de primer orden, dijo, para estudiar a los intelectuales en los periodos de las dictaduras.

La Razón difundió una nota el día del almuerzo y una más el día posterior. *La Opinión* publicó dos el día siguiente al suceso. Desiguales y dispersos están recogidos en estos dos diarios, y otros, los testimonios de los cuatro invitados.

A invitación expresa del teniente general Jorge Rafael Videla, el almuerzo comenzó a las 13 horas del día miércoles. Había sido una costumbre presidencial organizar desayunos con especialistas los días miércoles. Se comunicó oficialmente a los medios de prensa y radiodifusión que se trataría de un encuentro entre el presidente y escritores en torno al papel que jugaría la cultura en el nuevo régimen que ya había iniciado. Tuvo lugar en el comedor privado de la Casa de Gobierno. Fueron invitados Jorge Luis Borges, Sábato, el padre y teólogo Leonardo Castellani y Horacio Esteban Ratti, entonces presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, SADE. Además de Videla, estuvo presente el general Villarreal, su secretario personal.

El encuentro duraría, por lo menos, dos horas. Se les pasó al despacho del jefe de gobierno donde se les ofreció jugos de frutas, jerez o whisky. Una vez presentes todos los convocados, pasaron al comedor. Castellani se sentó a la derecha de Videla, Sábato a la izquierda. Del otro lado de la mesa tomó asiento Borges y Ratti. La comida comenzó con un budín de verduras, puntas de espárragos, salsa blanca y golf. Después, acompañados de vino y ravioles con una salsita de tomate. Los postres fueron ensaladas de frutas con dulce de leche o crema, según los gustos. Se finalizó con una taza de café.

Al salir de la Casa de Gobierno, había un cerco de periodistas. Al terminar el encuentro, según el testimonio posterior de Castellani a la revista *Crisis*, citado más

adelante, Borges propuso reunirse en su casa a tomar un café. Cuando los tres escritores llegaron a la casa de Borges, una persona les dijo que Borges sufría dolores de estómago y que no podía recibirlos.

Las diferencias de percepción comenzaron inmediatamente estando afuera de la Casa de Gobierno. Sábato declaró a *La Opinión* que “por razones de cortesía dejaba lugar a que primero informara *in extenso* la secretaría de la Presidencia”. Pero lo que publicará dicha secretaría será una breve semblanza en torno a los retos de la SADE que Ratti los hizo extensivos a Videla. Sábato agregó que: “Sólo puedo adelantar que se habló durante dos horas de temas espirituales, culturales e históricos. Hubo un altísimo grado de comprensión y respeto mutuos. En ningún momento la plática descendió a la polémica literaria o ideológica. A pesar de ello tampoco incurrimos en la banalidad. Cada uno de nosotros vertió, sin vacilaciones, su concepción personal de los temas abordados” (Sábato, 1976a, p. 24).

A la salida del encuentro, Borges testimonió: “Fue una conversación agradable. Yo hablé muy poco. Le agradecí al presidente por la salvación de la patria. Él escuchó todo con mucha cortesía y mucha atención” (Borges, 1976, p. 8). Agregó Borges que Sábato había estado “muy elocuente”.

El padre Castellani sostuvo que se había pronunciado por el escritor Haroldo Conti, cuyo paradero se desconocía. Ratti recordó que Videla los había invitado para que los escritores “pusieran hombro en este nuevo rumbo del país”. Ratti, además, se expuso por una serie de problemas que atañían al gremio de escritores. Finalmente, declaró Ratti, había ofrecido entregarle a Videla el premio de la SADE.

Sábato amplió su testimonio a *La Razón* el mismo 19 de mayo porque se habían difundido ya “versiones equivocadas”. El tema tratado en el almuerzo, dijo, fue todo lo que tiene que ver con la cultura en la Argentina. Rehusó Sábato a interpretar lo que dijeron los otros asistentes. Sábato enunció a *La Razón* los tres argumentos centrales sobre los que giró su intervención.

(1). El “bien común y los derechos humanos son inalienables, y valen en todo tiempo y lugar, sin que ninguna emergencia, por aguda que sea, autorice a ignorarlos. Y hay hechos que constituyen, más que un error, un pecado, como el de arrinconar contra el hambre o el de asesinar, con secuestro o sin él, a un ser humano, cualquiera que sea el bando del asesinado” (Sábato, 1976b, p. 10).

(2) “Entre otras cosas me referí al peligro que en una sociedad moderna implica la televisión como factor deformante. Dije que para cubrirse tanto de los peligros de un instrumento al servicio de un gobierno determinado o al servicio de fabricantes de heladeras o cigarrillos... la única solución era un Consejo Nacional de Radiodifusión, formado por grandes e insospechables autoridades en el campo de la filosofía, de las artes, de las letras, de la educación y de la ciencia” (Sábato, 1976b, p. 10).

(3) Intercedió frente a Videla por el escritor Antonio di Benedetto y el arquitecto Jorge Hardoy, ambos presos.

El testimonio de Castellani, recuperado por *La Razón*, amplió lo dicho por Sábato. Castellani afirmó que Sábato dijo, a lo cual asintió Castellani, que el “pueblo, en general, quiere más severidad en la aplicación de las leyes”. Recordó Castellani que propuso Sábato la creación de una especie de “comité de notables” para controlar la marcha de la televisión. “Se habló, agregó el padre, de la pena de muerte y fue cuestión que se discutió durante un rato el de la guerra internacional. Estos dos últimos asuntos los discutieron Sábato, Borges y el general Villarreal, dijo. El presidente y yo, en cambio, dijo Castellani, nos mantuvimos al margen” (Castellani, 1976, p. 10).

Casi dos meses después del almuerzo, la revista *Crisis* entrevistó a Castellani y Ratti. Según el reportaje, Sábato se negó por teléfono a la entrevista y afirmó “yo no hago declaraciones para la revista *Crisis*” (Castellani y Rati, 1976, p. 3).

En este nuevo reportaje Ratti dijo que se expusieron excesivas fantasías intelectuales. Ratti sostuvo haber dejado en manos del presidente una larga lista de reivindicaciones e inquietudes que afectaban a sus representados. En manos de Videla, continuó Ratti, quedó una lista de una docena de intelectuales que se encontraban “a disposición del Poder Ejecutivo”. Aunque Ratti omitió precisar quién intercedió por quién, se le externó a Videla, según Ratti por medio de él, una lista de nombres de los escritores desaparecidos: Haroldo Conti, Alberto Costa y Carlos Pérez, responsable del suplemento cultural de *Clarín*. Y de los presos: Antonio di Benedetto y César Tiempo, cesanteado de la dirección de Teatro Nacional, vinculado con la violencia subversiva. Ratti dijo que añadió el caso de la nieta de Paul Groussac, cuya pensión por invalidez estaba trabada. La nieta de Groussac le telefoneó a Ratti días después para decirle que su trámite había sido gestionado con éxito. Es un ejemplo, dijo Ratti, que demostraba que los papeles entregados a Videla no se fueron al cesto.

Castellani amplió su testimonio. Los que más hablaron, dijo, fueron Sábato y Ratti, que llevaban más proyectos. “Videla y yo, sostuvo, fuimos los más silenciosos. Videla se limitó a escuchar”. Rechazó hablar de los cesanteados porque disminuiría, dijo, el caso dramático de Haroldo Conti, cuya vida se temía. Castellani afirmó que le entregó en un papel el nombre de Conti y Videla lo recogió respetuosamente. Les aseguró Videla, dijo Castellani, que la paz iba a volver muy pronto al país. Añadió Castellani:

Borges y Sábato, en un momento de la reunión, dijeron que el país nunca había sido purificado por ninguna guerra internacional. Ellos, más tarde lo negaron, así como aseguraron decir cosas que, en realidad, no dijeron. Pero hablaron de la purificación de la guerra. Lo interesante es que el presidente Videla, que es un profesional de la guerra, que es un general, los interrumpió para manifestar su desacuerdo (.) Por eso le digo que de ese almuerzo, si es por lo que se habló, no puede haber salmido algo muy positivo o trascendente (.) Sábato habló mucho o peroró, mejor dicho, sobre el nombramiento de un consejo de notables que supervisara los programas de televisión. Borges dijo que él no integraría jamás ese consejo de prohombres. Sábato, entonces, agregó que él tampoco. Yo pensé en ese momento para qué lo proponían entonces. O sea que ellos embarcaban a

la gente pero se quedaban en tierra (Castellani y Ratti, 1976, p. 4).

Las declaraciones de Castellani sobre lo expuesto por Sábato respaldaban la versión de Bayer. Hasta donde pude rastrearlo, Sábato no negó ninguna declaración hecha por Castellani a propósito de lo que él, Sábato, sostuvo ni otra declaración del resto de los invitados. Quien calla otorga, resolvió Bayer. Según la documentación que refiero, Sábato se expresó de Videla mediante tres calificativos: “justo, modesto, que maneja excelente información”. Y elogió el diálogo respetuoso que reinó en el almuerzo. Sábato, empero, no declaró que se aplicara la ley duramente contra la subversión. Quien afirmó que Sábato dijo que el pueblo quiere la aplicación severa de la ley fue Castellani y él, Castellani, estaba de acuerdo. Y, no menor, Castellani difundió que lo que Sábato declaró públicamente en verdad no lo dijo.

El terreno es fangoso.

Fiel a su estilo, Sábato no tardará en polemizar con Bayer. Trazó un recuento del contexto del desayuno. Para hacerlo, Sábato remitió a las notas de prensa del 19 y 20 de mayo, ya aludidas. Sábato sostuvo que se pensaba al inicio de la dictadura que Videla era el sector moderado de la Junta Militar. Y fue al encuentro con Videla porque fue apremiado por diferentes personalidades para pedir por los casos de di Benedetto y Jorge Hardoy. Bayer no aceptó esta supuesta incertidumbre sobre el inicio de Videla porque el mismo 19 de mayo diversos diarios informaron del asesinato de cinco jóvenes y la desaparición de una muchacha (Bayer, 1985, p. 5).

En el diario de escritor de Abelardo Castillo, cercano a y disidente de Sábato a la vez, Castillo validó la versión de los apremios que alcanzaron a Sábato (Castillo, 2014, pp. 473-474). En su trazo de contexto, Sábato afirmó que se buscaba en el encuentro una pluralidad de posiciones: Borges del ala liberal; Castellani, un nacionalista de derecha; Ratti, presidente de la SADE, y Sábato, según él, de la izquierda democrática.

No concuerda del todo este recuento posterior de Sábato, realizado en 1985, frente a las declaraciones de Sábato de 1976. Casi 10 años después, lo que recuperó Sábato de su intervención fueron las peticiones de Hardoy y di Benedetto. Y agregó Sábato en su respuesta a Bayer que en la dictadura él arriesgó la vida y la de sus familiares con declaraciones públicas sobre derechos humanos. Sábato se refería a “Nuestro tiempo del desprecio”, del invierno de 1976. Y “Censura, libertad y disenso”, en *La Nación*, el 31 de diciembre de 1978. Lo más paradójico de todo es que el propio Videla hablaba en público o en televisión sobre la defensa de los derechos humanos.

Para los exiliados argentinos, afirmó Bayer en respuesta a Sábato, la actitud de Sábato en la dictadura causó mucho daño, porque todo lo ocurrido durante la dictadura debió ser analizado por legisladores, representantes votados, y no por personalidades elegidas a dedo, conocida también como “Comisión Sábato”. En su respuesta, Bayer recalcó que Sábato no hizo ninguna aclaración posterior a todas las declaraciones que

se dieron alrededor del almuerzo. Atacó Bayer, además, la supuesta posición moderada de Videla.

Las publicaciones en *La Nación* que refirió Sábato, se cuestionó Bayer, ¿eran zona de riesgo para Sábato? Bayer lo negó. Escribir sobre derechos humanos era una hipocresía de todos porque los militares hablaban de los derechos humanos en las páginas de *La Nación*. En sus viajes a España y Francia, inquirió Bayer, ¿por qué Sábato no gritó los crímenes? Porque Sábato, para Bayer, fue el intelectual legítimo de la clase media. En Sábato se encontraban o se mostraban todas las contradicciones de esta clase: “sus fantasmas, sus miedos, sus exitismos, sus necesidades de verse premiada, su falta de constricción, su incapacidad de remordimientos” (Bayer, 1993, p. 263).

Pese a todo, la crítica política de Bayer no fue original. En uno de tantos reportaje-entrevista, lo ironizó Sábato: “Me reprochan a menudo mis contradicciones, mis vacilaciones. Dicen que soy un típico ejemplar de un escritor pequeñoburgués, con todas las vacilaciones de ese grupo social. Es probable” (Sábato, 1962, p. 184).

En plena dictadura, continuó Bayer, Sábato tuvo libre acceso a radio, televisión y diarios. ¿En dónde residían los peligros de la vida de Sábato por el hecho de publicar en *La Nación*? Sin embargo, habría que preguntarle a Bayer qué clase de riesgos eran válidos para Bayer: ¿que Sábato hubiese sido un nombre más en alguna lista de los desaparecidos?

Sábato, según Bayer, fue el autor de un artículo en la revista alemana *Geo-Magazin*, pedido a ocasión del inicio del mundial de 1978.⁵ Una revista para el ciudadano alemán promedio, que se hallaba en consultorios y peluqueros. En su ensayo, resumió Bayer, Sábato habló del argentino como aquel que tiene “el color de la piel de los europeos, que viste como el inglés, que come como el italiano” (Bayer, 1993, p. 265). Simplezas y estereotipos para turistas, concluyó Bayer. Con ese artículo, según Bayer, Sábato destruyó la imagen de la Argentina que estaban construyendo exiliados en Europa, Bayer incluido. Además de lo anterior, escribió Bayer, Sábato justificó en el artículo la llegada de la dictadura y señaló los límites clásicos de la democracia: ante los delirios de aquel caos social (1974-1975), no eran suficientes los viejos métodos liberales heredados. Y luego lo de Malvinas que Sábato, según Bayer, apoyó el envío de jovencitos a la guerra. Después de la respuesta de Bayer, Sábato guardó silencio.

¿Un hombre moralmente entero?

Un problema serio detectado en la vista entre 1978 y 1979 le canceló a Sábato todo intento serio de una novela posterior a *Abaddón el exterminador. Apologías y rechazos*, compilación de cinco artículos dispersos, salió a la luz en 1979. Habían quedado atrás los trabajos de la Conadep (1983-1984), una actuación política que le proporcionó

⁵ Quien esto escribe no ha hallado la publicación original.

notorio reconocimiento social y gran visibilidad. Aunque no volvió a escribir ficción, aparecieron dos libros adicionales: una autobiografía intelectual, *Antes del fin* (1998) y una variación de su reiterada crítica a los usos perversos de la técnica: *La resistencia* (2000). En los años de 1990, Sábato había desaparecido como autor de ficciones, pero aparecía frecuentemente en televisión. Anteriormente, durante los años difíciles de 1970, escritores pares de Sábato opinaron que Sábato era uno de los escritores argentinos vivos más importantes. Pero sus méritos para los medios masivos de cultura, fundamentalmente la prensa gráfica, y después la televisión, no residió en su profesión de escritor de ficciones, sino en el “modelo ético que representaba”, aunado a la de pensador múltiple. Esta variación de escritor lo llevó a ocupar la posición de intelectual.

En los años de 1990, por lo demás, muy pocos conocían su última pasión artística. Óleos que retrataron a Kafka o a Dostoyevski. Pintó Sábato también su autorretrato. Costumbres de pintores. Fue el crítico español de arte, Miguel Rubio, quien sostuvo que si el romanticismo explicaba a Sábato en tanto escritor, lo hacía mucho más como pintor (Rubio, 1986, pp. 7-15).

Pero, ¿cuáles fueron los motivos de Sábato para aparecer en televisión?, ¿qué lo llevaba a Sábato a tomar asiento bajo los reflectores de luz y exponerse frente a un auditorio realmente masivo, pero invisible?, ¿qué clase de fuerzas contribuyeron a ese fenómeno mediático?

María Pía López y Guillermo Korn, en adelante críticos, atenderán esta clase de preguntas en su libro colectivo sobre Sábato, la tercera crítica que interesa aquí. Pero los críticos no trataron de ensayar sobre Sábato; polemizaron con él. Sus mayores esfuerzos los invirtieron en dismantelar la imagen de un supuesto Sábato ético que sentenciaba a pedido y en pantalla. De modo general los críticos no perdieron de vista una guía formulada en 1950. “Para entender a Sábato —propuso el marxista Jorge Abelardo Ramos— es necesario salir fuera de sus prescripciones y órdenes de lectura” (Pía y Korn, 1997, p. 137).

Para Sábato, según los críticos, hubo un antes y un después de la Conadep. No obtuvo la presidencia de aquella Comisión con base en sus credenciales de escritor de ficciones. La trayectoria de un ensayista polémico, arriesgado, político, muy a menudo en contradicción consigo mismo, actuaba siempre bajo las guías de una aspiración: la reflexión de un “pensador en equilibrio”. Los críticos rastrearon ese punto de arranque en el transcurso de los años de 1960, cuando Sábato se exponía muy a menudo en torno a valores ahistóricos o universales. Para los críticos, Sábato lo tomó directamente de algunos planteamientos de Berdiaeff, que había publicado la revista *Sur*.⁶

⁶ Publicado en *Sur*, un artículo de Berdiaeff llevaba por título “La misión de los intelectuales”. De modo general, la tesis sostenida por el teólogo ruso era que los verdaderos intelectuales son los representantes del espíritu: de la libertad, del sentido, del valor, de la calidad, pero no del estado, ni de los grupos sociales, ni de los intereses sociales. Por otra parte, el hombre de tipo profético no escucha la voz que viene de fuera (la voz de la sociedad, del pueblo), sino se dirige a los destinos del pueblo, de la sociedad, de la humanidad. Todo aquel

Después de la Conadep, afirmaron los críticos, Sábato ya no publicó algo importante. Serán frecuentes entrevistas sobre su pasado, la coyuntura, alguna idea previamente dicha. Fue “Hora Clave”, dirigida por el analista de derecha Mario Grondona, el programa de televisión que se encargó de recordar la importancia de Sábato como intelectual. Las publicaciones periódicas *La Maga*, *Clarín* y *Noticias*, además, fueron otros medios masivos que difundieron la legitimidad de Sábato. Así, a Sábato se le rendían homenajes. Sábato, según los críticos, colaboró en aceptar el juego del “sabio argentino”. Políticos en funciones, o aspirantes a serlo, iban al “oráculo Sábato” en Santos Lugares, su residencia. Iban a verlo no solo para que opinara, sino para que transmitiera parte de su “poder simbólico”. El encumbrado Sábato, sostuvieron los críticos, servía para capitalizar simbólicamente a los políticos que iban a visitarlo.

“Un hombre moralmente entero”: una clasificación ciertamente previa para referir el éxito de Sábato como figura social. Había sido usada como etiqueta del periodismo para referirse a la distinción francesa que recibió en la embajada europea en Buenos Aires en febrero de 1979. Había elaborado Félix Grande, en España, además, una variante años más tarde: “no hay duda de que el pueblo argentino ama y protege a Sábato” (Grande, 1983, pp. 721-759). Pero en los años noventa se dio el matiz. Entre otras, la revista *Noticias*, en 1996, lo llamó a Sábato “la consciencia ética de todos los argentinos” (Pía y Korn, 1997, p. 37). Así como ocurrió en los años de 1960 con la revista *Gente*, sobre la que me detendré más adelante, el periodismo masivo introdujo categorías de percepción en torno a un escritor que deseaba la visibilidad y el reconocimiento. Dos voluntades que hacían de la cultura de masas un acto de fe. Una posición que se la crearon y que detentó Sábato.

No fue la primera transformación que sufrió Sábato, pero sí la última y viral. Más que un cambio de piel se trataría de una conversión: una denuncia y una renuncia simultáneas, abandono e impugnación de las pertenencias pretéritas. Antes de la última viral, de escritor de ficciones a un “hombre moralmente entero”, hubo cinco conversiones anteriores.

(1) Heterodoxia respecto de su clase. Un miembro de una familia italiana inmigrante en Rojas y la adscripción a partidos no tradicionales. Un hijo de un burgués, Ernesto Sábato, que de joven leyó a Marx y a Engels y se afilió al partido comunista.

(2) Sábato, como pocos, no tardará en renegar del comunismo en los años de 1930.

(3). El posterior abandono de las ciencias físico-matemáticas por la literatura

programa de los valores ahistóricos, según los críticos, lo leyó Sábato de Berdiaeff. Posteriormente, afirmaron los críticos, Sábato vehiculizó sus fuerzas de artista como alguien que custodió los valores ahistóricos (Pía y Korn, 1997, p. 126).

como actividad vital. Renuncia que Sábato postuló como un trayecto de “la razón a la sinrazón”.

(4) Tras el derrocamiento de Perón, Sábato dudó de sus convicciones antiperonistas. La revista *Contorno*, Ezequiel Martínez Estrada, Mario Amadeo y Sábato serán los emergentes de un quiebre al interior del bloque cultural antiperonista. En *El otro rostro del peronismo*, Sábato expuso una lectura política del peronismo con base en las emociones. La centralidad de las pasiones, que son femeninas según Sábato, las masas se dejaron seducir por el líder Perón. Un manipulador por excelencia, Perón, de las bajas pasiones como la del resentimiento y los odios de clase. Concibió al pueblo como un sujeto de intuiciones. Un sujeto, el pueblo, cuya principal intuición era su sola reproducción social. El pueblo es el sujeto que se deja seducir fácilmente por líderes carismáticos. En aquel ensayo de 1956, Sábato alzaba su convicción que los hombres letrados eran necesarios en el forjamiento de un destino colectivo. Con ello, afirmaron los críticos, negaba Sábato la idea de que no hay “dirigencia autónoma ni autogestión posible en los sectores populares” (Pía y Korn, 1997, p. 40).⁷

(5) Los “hombres letrados”, rostro máximo de civilización, imponen las guías a un pueblo. Sarmiento alcanzó la presidencia de la nación y Lugones terminó como asesor del golpe de estado de Félix Uriburu. Aunque Sarmiento o Lugones fueron para Sábato, según los críticos, los modelos de imitación, hombres letrados que de algún modo triunfaron políticamente, Sábato se conformó como un “intelectual escuchado”. Buscado afanosamente, Sábato logró un propósito menor. Por medio del ensayo, tres novelas, los reconocimientos y las polémicas políticas de coyuntura, Sábato se convirtió en un hombre significativo. Un intelectual escuchado. Un asesor. Un presidente de comisiones. Un ser notable.

Por lo menos desde los años de 1960, en efecto, Sábato buscaba una posición casi imposible, pero muy a menudo teorizada y validada por filósofos, sociólogos, liberales: la mirada objetiva, neutra, universal. En la revista *Panorama*, en 1968, por ejemplo, fue cuestionado por sus pares Viñas, Walsh, Piglia, Altamirano, entre otros, de no ir a Cuba y, en cambio, de aceptar viajar a Estados Unidos. Esta “tercera posición”, ni marxista ni liberal, era una mirada que “se cristaliza en los momentos en que algunos países reclaman su presencia o su solidaria defensa y Sábato se mostró renuente” (Pía y Korn, 1997, p. 64).

Mucho antes del punto de quiebre que le coronó la Conadep, sostuvieron los críticos, fueron las revistas *El escarabajo de oro* y *Gente* las publicaciones periódicas que promocionaron a Sábato como modelo intelectual. En otras palabras, estas dos revistas tendieron los puentes de Sábato con dos públicos diferentes. Dirigida por Abelardo

⁷ Alianza intelectual-obrera que parecía posible en los inicios del frondizismo.

Castillo, *El escarabajo de oro* lo proyectó con un público joven y segmentado, compuesto de ojos exigentes y experimentales. Lectores interesados en las poéticas narrativas, los problemas formales y la política. Ojos que podían ponderar el valor de la literatura. En las páginas de esta revista Sábado se permitió gestos a favor de las revoluciones y contra el capitalismo imperial estadounidense. Fue una revista, *El escarabajo de oro*, que sobrevivió con dificultades. Una revista hecha de autores para autores. Una revista artesanal.

Por otro lado, *Gente y actualidad* contactó a Sábado con un público realmente masivo. La editorial Atlántida comenzó a editar la revista *Gente* en 1965. Este duradero y exitoso semanario incluyó en sus páginas la farándula, el homenaje fotográfico a bellas mujeres, la información política y el barniz cultural. Algunas veces contrató a escritores para que llevaran a cabo producciones periodísticas. Aprovechó viajes al exterior de algunos de ellos para editar sus impresiones, los entrevistó, o engalanó sus páginas con poemas, cuentos, relatos inéditos. Uno de los escritores más requeridos fue Borges; proveedor prestigioso de breves inéditos. El otro hombre de letras al que reclamaron, una y otra vez, fue a Sábado. Pero Sábado era más bien convocado como pensador que como escritor de ficciones (Pía y Korn, 1997, p. 89). Borges le había disputado el lugar emblemático a Lugones y Sábado lo intentó con Borges. Pasaba Sábado como el “rival de Borges”. No al revés. Borges, sostuvieron los críticos, nunca fue el “rival de Sábado”.

Para *Gente*, según la nota editorial del 10 de noviembre de 1966, fue “natural, calculado y obligatorio” contactar a Sábado, “figura cumbre del pensamiento argentino” (Pía y Korn, 1997, p. 91). *Gente* seleccionó a Sábado porque era el escritor más vendido en el extranjero, o de más proyección, y sus libros se traducían a 14 idiomas. Por eso decía *Gente* que fue natural, calculado y obligatorio. El mercado editorial había dictado previamente sentencia para el encumbramiento de Sábado. *Gente* editaba más de 200 000 ejemplares semanalmente. El consumo de una revista de espectáculos, moda y vanidad. “Banal, sensacionalista y de profundo quietismo”, afirmaron los críticos; ultraconservadora, para el gusto de Osvaldo Bayer. A la par del golpe militar de Onganía (1966), Sábado comenzará sus intervenciones en dicha revista. Era necesario Sábado en las páginas de *Gente* porque Sábado se prestaba al comentario político de actualidad. Con razón o sin ella, Sábado discutió frecuentemente en las páginas de *Gente* la argentinidad de los argentinos. Además, *Gente* “se ocupó de acompañar a cada nuevo gobierno, y cada vez aplaudía con esperanzado entusiasmo los inicios, para alejarse rauda y críticamente cuando el reemplazo parecía cercano” (Pía y Korn, 1997, p. 95). Los críticos se interrogaron por qué el crítico Sábado no abjuró sus participaciones en *Gente*. Por el contrario, en *Gente* Sábado enunciaba generalidades en nombre de un “humanismo aún más general” (Pía y Korn, 1997, p. 63).

Pero Sábado, sostuvieron los críticos, fue afectado por las altas y las caídas de sus pasiones políticas. Pasiones que fueron dictadas por la precipitación de los acontecimientos. Los críticos seleccionaron opiniones polémicas en función de los

eventos de coyuntura. Para los críticos, estos cambios de opinión respondían también a la habilidad de Sábato de reacomodarse frente a los cambios políticos.

Si el golpe de la Libertadora lo emocionó hasta las lágrimas, no negó el saludo a la llegada de Arturo Frondizi. “Cuando Frondizi subió, me pareció que había una cosa muy positiva en la que todos estábamos de acuerdo, que era precisamente el problema del desarrollo” (Sábato, 1966a). Colaboró Sábato en una tarea muy específica en el gobierno de Frondizi: la promoción de la Argentina en el exterior. A falta de presupuesto, empero, con dos renunciaciones de por medio durante un año, no logró nada como funcionario. Además del tema del desarrollo, dijo Sábato, le interesó el diálogo entre comunistas y católicos (Sábato, 1966b, pp. 30-34).

En noviembre de 1966, la intervención de Sábato tuvo un tono optimista, moralizante y de exaltación a la patria. De exaltación de productos bien argentinos: el crecimiento de la matrícula universitaria, el éxito de científicos en el extranjero, la gran cantidad de ejemplares de ciertas novelas como *Sobre héroes y tumbas*. Una novela de 100 000 ejemplares vendidos para ese año. La llegada del militar Onganía le mereció un elogio oportuno: “Estamos hartos de mistificaciones, hartos de politiquerías, de comité, de combinaciones astutas para ganar tal o cual elección (.) ¿Qué, queremos seguir siendo una especie de burocracia cansada y decadente, en nombre de no sé que palabras que no son más que palabras?” (Sábato, 1966c, pp. 30-31).

En mayo de 1969, con el Cordobazo como escenario de fondo, la revista *Gente* excluyó la política nacional de la larga entrevista que *Gente* le realizó a Sábato. ¿Desarrolló Sábato un pronunciamiento crítico en *Gente* sobre el Cordobazo? En *Gente* al menos no lo hizo.

El ímpetu de las guerrillas nacientes tras el Cordobazo despertó su vocación bélica: “Yo no soy pacifista, yo creo en las guerras” (Sábato, 1971).

El entusiasmo de las multitudes lo arrastró al Frejuli, un frente de partidos, una antesala, para que Perón regresara a la Argentina y tomara por tercera ocasión el poder. “Lo que ha planteado el Frejuli en su campaña, es adecuado y necesario” (Sábato, 1973).

La amenaza subversiva lo empujó hacia Videla: “Tendría que engañarme mucho y desconocer totalmente a los seres humanos —escribió Sábato— para negar que advertí un gran interés en el presidente de la República” (Sábato, 1976c).

Además del polémico elogio a Videla, los críticos subrayaron la “supuesta ingenuidad” de Sábato al concebir a Videla como el sector más moderado, engañado por el entorno. Los críticos recordaron, además, las declaraciones de Sábato sobre el beneplácito que produjo la llegada de los militares en su artículo que publicó *Geo-Magazin*, ya aludida.⁸ Con base en las declaraciones que recogió *La Opinión* tras el

⁸ “La inmensa mayoría de los argentinos —escribió Sábato— rogaba casi por favor que las fuerzas armadas tomaran el poder. Todos nosotros deseábamos que se terminara ese vergonzoso gobierno de mafiosos (.) Desgraciadamente ocurrió que el desorden general, el crimen y el desastre económico eran tan grandes que

almuerzo, los críticos seleccionaron tres puntos de la permanente aspiración de neutralidad. Un deseo, el de Sábato, que los críticos ponderaron de un “intelectual equidistante”: (1). Se pronunció en contra del capitalismo yanqui y del socialismo soviético; (2). Formuló el embrión de la teoría de los dos demonios: militares y guerrilleros como dos fuerzas igualmente destructivas, sobre la que regresaré más adelante, y (3). Sábato fue a pedir orden, opinión distorsionada, ya aludida. Neutralidad que en momentos de agudización de los conflictos, escribieron los críticos, se descubrió entre ineficaz y cómplice de los más fuertes (Pía y Korn, 1997, pp. 70-71).

Los críticos afirmaron, además, que existió una carta de Sábato enviada a Daniel Moyano, escritor argentino, exiliado en Madrid, en la que lo invitó a regresar a la Argentina. En plena dictadura militar, le escribió Sábato que le ofrecía “trabajo y seguridad personal” (Pía y Korn, 1997, p. 72). ¿Cómo podía Sábato ofrecer algo semejante?

En el periodo más álgido del Terror Absoluto, 1976-1979, entre el almuerzo y la entrevista con la comisión independiente de la Organización de Estados Americanos (OEA) sobre las denuncias internacionales de desaparecidos, Sábato se erigió como intelectual imparcial frente a la Junta militar. En el documento entregado a la OEA, Sábato dató el inicio de la violencia con el secuestro y asesinato del militar Pedro Eugenio Aramburu en 1970. Uno de los dos demonios, la guerrilla, desató el caos y la violencia. El otro, los militares, se limitó a responder, pero se les fue la mano. No se atrevió Sábato, afirmaron los críticos, a formular que operaba en la Argentina una violencia sistemática militar. Por el contrario, Sábato habló a menudo de las bandas de represión anárquica (Sábato, 1979).

Su nacionalismo estalló con las gestas de futbol. Le entregó una medalla de oro a Menotti en la conmemoración del primer aniversario del mundial de 1978 y, formularon los críticos: ¿todos los argentinos que miraron el mundial desconocieron la existencia de los campos de exterminio? ¿Con los testimonios y declaraciones de liberados no se construyeron canales subterráneos de información?

Claudio Uriarte escribe que Sábato se erigió como la expresión más rotunda, de allí su éxito, de los sectores medios argentinos que toleraron, callaron o quisieron ignorar la masacre mientras eran recompensados con la pacificación de las calles, las alegrías del deporte o los efectos turísticos y adquisitivos del plan económico de Martínez de Hoz. Pero puede ser injusto evaluar el comportamiento de la sociedad civil bajo gobiernos que hacen del terror su método. Porque la población era sujeta por una pinza triple: la desinformación, el miedo y la complicidad (Pía y Korn, 1997, p. 78).

Y la siguiente declaración de Sábato sobre la guerra de las Malvinas:

los nuevos mandatarios no alcanzaban ya a superarlos con los medios de un estado de derecho” (Pía y Korn, 1997, p. 70).

Mucha gente ha muerto detrás de dos metros cuadrados de tela. Pero es un error creer que dos metros cuadrados de tela son nada más que eso. Transformados en banderas, son un símbolo de una ideología, de una nación, de una causa sagrada. De manera que estoy convencido que en este caso sí valió la pena. Hubiera sido un acto indigno de la Argentina, que es una pequeña potencia frente a las amenazas, a la soberbia, al desprecio de Inglaterra, agachar la cabeza una vez más. Eso no lo hemos hecho, y si los chicos de 19 y 20 años están muriendo ahí, están muriendo por ese motivo (Sábato, 1982).

Había quedado atrás su participación en los trabajos de la Conadep, cuyo prólogo había sido criticado con dureza. Un prólogo que expuso la llamada “teoría de los dos demonios”. Dos fuerzas enemigas desencadenaron el terror, sostuvo el prologuista del *Nunca Más*, y en su confrontación frontal arrastraron el país hacia el abismo. Frente a esa desalmada lucha de dos fuerzas contrarias, Sábato supuso que había sucedido una guerra infernal entre dos demonios que, en un enfrentamiento desviado, provocaron la muerte de miles de inocentes. Una de las críticas al *Nunca Más*, en efecto, fue que se alimentó del lenguaje metafórico de Sábato: la “tecnología del infierno”, las “fuerzas del mal”, el “descenso a los infiernos”.⁹ Toda esa jerga, resaltaron los críticos, que nutrió a la teoría de los dos demonios (Pía y Korn, 1997, pp. 80-81).

Bajo la óptica de esta teoría, el *Nunca Más* perdió de vista, o no quiso ver, que el grueso de los desaparecidos no pertenecía a ninguna organización política ni militante. Los que lo fueron, morían en combate o se suicidaban antes de que fueran secuestrados por el horror. Dado que fueron fundamentalmente víctimas o inocentes, el *Nunca Más* dejó en suspenso los crímenes o los excesos cometidos a los guerrilleros. Pero ¿era posible la defensa de la vida de los guerrilleros? Según Santiago González, recordaron los críticos, Sábato al frente de la Conadep “pudo juzgar al pasado, a los hombres y mujeres que vivieron ese pasado, desde la ética del Ciudadano Universal” (Pía y Korn, 1997, p. 61). Esa posición de Sábato no fue oportunismo. Para los críticos fue una “consecuencia de sus posiciones habituales y justa coronación de su posición pública como hombre del equilibrio” (Pía y Korn, 1997, p. 62).

Ahora bien, para concluir este ensayo, retomo la crítica a las apariciones de Sábato en televisión durante los años de 1990. Sábato repetía frases, ideas y conceptos formulados tiempo atrás. Un personaje televisivo, afirmaron los críticos, que se construyó a partir del “plagio y la reiteración”. Aunque rondaba los 80 años, Sábato quedó preso de sus mismos eslóganes y ya no pudo ir más allá. Los reproducía cada vez que se le solicitaba que actuara de intelectual. Era un libreto cuyo autor ya no podía reformar (Pía y Korn, 1997, pp. 117-118).

Sábato participó de vez en vez en “Hora Clave”, un programa televisivo de los jueves por la noche que convocaba a personalidades, hablaban sobre lo que se les proponía o se les cuestionaba, y Mariano Grondona, el conductor, discutía en el centro

⁹ Para un análisis más detallado de la escritura de Sábato en el *Nunca Más* véase (Beltrán Nieves, 2019).

de la escena. Al final, Grondona ofrecía un resumen, una sesuda conclusión, simple, erudita. Cuando Sábato asistió una vez a “Hora Clave”, el auditorio estaba compuesto de jóvenes estudiantes, u n auditorio que estuvo dispuesto a reconocerlo como Maestro y unos estudiantes que buscaban convertirse en discípulos.

¿Qué clase de institución —se cuestionaron los críticos— es la de un Maestro? El Maestro, según los críticos, requiere el reconocimiento admirativo y la sumisión pedagógica de los otros. El que sabe la palabra justa, el que dirige. En efecto, la elección de Sábato como máximo modelo moral por parte de la Federación de Estudiantes Universitarios de Buenos Aires, hecho público en “Hora Clave”, le colocó a Sábato una aureola más.¹⁰

Por su parte, Grondona fue un comunicador ágil. Su programa se permitía aludir el pensamiento, el pasado, el lenguaje. El de Grondona permeó y visibilizó los discursos públicos de aquella década. Grondona, formuló la ensayista Beatriz Sarlo, a su vez recuperada por los críticos, no quiso cortar el flujo apologético que consolidó un mito: los grandes intelectuales hablan, los pequeños o los jóvenes intelectuales hacen interrogaciones retóricas, aplauden o aprenden su lección. Durante aquella coronación de Sábato por parte de la Federación de estudiantes en “Hora Clave”, al joven que mencionó la “razón romántica”, Sábato le enseñó que no había que hablar nunca de razón. A quien se permitió una pregunta que evocaba la historia en relación con la literatura, Sábato le enseñó que no había que ser sociologista. Es comprensible, continuó Sarlo, escribieron los críticos, que Sábato estuviese dispuesto al aplauso y que se lo premiara y, con un estilo apocalíptico, pronunció frases que iban en la dirección del “sentido común romántico”, que había sentado plaza fuerte, según Sarlo, y al cual Grondona rendía semanal tributo. Para Sarlo, de acuerdo con los críticos, era menos explicable que Grondona, la cumbre de los intelectuales *mass media* en los años de 1990, no evitara lo que sucedió: el dibujo de una estampa de santo laico frente a la que todos se sometieron con reverencia. Por tal motivo, concluía Sarlo, el programa televisivo era un modelo mediático a evitar: la peor forma de respeto hacia un intelectual es su seguidismo (Pía y Korn, 1997, p. 108). Y el abrazo final que alguien del público le brindó a Sábato fue el clímax de dos horas de sentimentalidad incondicional.

Conclusiones

Ernesto Sábato fue, sobre todo, un escritor de ficciones; quizá, entonces, las tres novelas que escribió durante su trayectoria son el legado o la contribución más significativa de su figura. Alrededor de la crítica a Sábato, empero, se ha descuidado el estudio documentado de la pasión política de Sábato que lo llevó, en diferentes momentos, a

¹⁰ La Federación Universitaria Argentina, controlada por el brazo universitario de la Unión Cívica Radical, Franja Morada, nombró el 21 de septiembre de 1994, día de la primavera y del estudiante en la Argentina, como Profesor Honorario a Ernesto Sábato.

polemizar sobre los rumbos políticos de la Argentina contemporánea. Porque el intelectual es en efecto alguien que se mete donde no le llaman. Este ensayo reconstruyó tres polémicas donde Sábato fue interpelado seriamente por sus contemporáneos. Inspirado en un ejercicio de historia intelectual, el ensayo mostró tres enfrentamientos públicos a propósito de la revista literaria *Sur*, del teniente general Jorge Rafael Videla y de la actividad intelectual en la televisión; episodios, en distintos contextos, que ocuparon la actividad reflexiva de Ernesto Sábato. Una vida intelectual, por lo demás, fuertemente tensionada por el pulso político de la Argentina contemporánea.

Bibliografía

- Alaniz, R. (2011), "La muerte de Leopoldo Lugones", en *El Litoral*. Recuperado de <https://www.ellitoral.com/index.php/diarios/2011/02/23/opinion/OPIN-03.html>
- Bayer, O. (1985), "La verdad a medias, no (De Pío Laghi a Ernesto Sábato)", en *Madres de Plaza de Mayo*, 2 (1), 5.
- Bayer, O. (1993), "Pequeño recordatorio para un país sin esperanza", *Rebeldía y esperanza* (pp. 223-275). Buenos Aires: Editorial Zeta.
- Beltrán Nieves, F. (2013), "Borges y Sabato, enfrentados", *Revista de Investigación Social*, 17 (2), 55-74.
- Beltrán Nieves, F. (2019), *Sabato escritural. Un relato sociológico*. México: Exlibris.
- Blanco, A. y Jackson, L. C. (2015), "Los escenarios de la crítica", *La sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)* (pp. 175-211). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Borges, J. L. (19 de mayo 1976), "Voy a ir a felicitarlo por haber salvado a la patria", *La Razón*, p. 8.
- Castellani, Leonardo (19 de mayo 1976), "Encuentro de escritores con el presidente de la nación", *La Razón*, p. 10.
- Castellani, Leonardo y Horacio Esteban Ratti (1976), "Reportaje al padre Castellani y a Horacio Esteban Ratti. Ecos del encuentro del presidente de la nación con los escritores", *Crisis*, 39 (7), p. 3.
- Castillo, A. (2014), *Diarios. 1954-1991*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Crenzel, E. (2014), *Historia Política del Nunca Más*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Feinmann, J. P. (2011), *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina*. vol. 2, Buenos Aires: Planeta.
- Grande, Félix (1983), "Sábato moral", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 391-393 (1), 721-759.
- Pía López, M. y Korn, G. (1997), *Sábato o la moral de los argentinos*. Buenos Aires: América Libre.
- Prieto, A. (1952), "Nota sobre Sabato", *Centro*, 4 (12), 10-13.
- Ramos, J. A. (1961), "Polémica Sabato-Ramos", *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (pp. 63-78). Buenos Aires: Ediciones Coyoacán.
- Rubio, M. (1986), "Ernesto Sábato y la luz", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 164 (7), 7-15.
- Sábato, E. (24 de junio 1958), "Reportaje-entrevista", *Azul y Blanco*, p. 3.
- Sábato, E. (1960), "Palabras, palabras, palabras", *Sur*, 267 (6), 38-41.
- Sábato, E. (14 de marzo 1961), *Política, s.d.*
- Sábato, E. (1962), "Diálogo con Ernesto Sábato", en *El Escarabajo de Oro*, 5 (2), 4-6, 20, 184-186.
- Sábato, E. (11 de marzo 1966a), "Reportaje a Ernesto Sábato", *Confirmado*, 38 (3).
- Sábato, E. (17 de marzo 1966b), "Reportaje a Ernesto Sábato", *Confirmado*, 39 (3), 30-34.
- Sábato, E. (1966c), *Gente y actualidad*, 53 (7), 30-31.

Sábato, E. (1971), *Gente y actualidad*, (3), s.d.
Sábato, E. (22 de abril 1973), *Siete días*, s.d.
Sábato, E. (20 de mayo 1976a), *La Opinión*, p. 24.
Sábato, E. (19 de mayo 1976b), "Encuentro de escritores con el presidente de la nación", *La Razón*, p. 10.
Sábato, E. (mayo 1976c), *Siete días*, s.d.

Sábato, E. (31 de diciembre 1978), "Censura, libertad y disenso", *La Nación*, pp. 6, 13.
Sábato, E. (11 de septiembre 1979), *Clarín*, s.d.
Sábato, E. (14 de junio 1982), *Cambio 16*, s.d.
Viñas, D. (1970), "Sabato y el bonapartismo", *Los Libros. Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo*, 12 (10), 6-8.

Recibido el 30 de junio de 2020

Aceptado el 3 de septiembre de 2020

An@lítica
Podcast

ESCUCHA ESTE ENSAYO [AQUÍ](#)